

"RAROS Y EXQUISITOS"

ANTES DE QUE LA NOCHE CAIGA

Antes de que la noche caiga
he de comprender mi vida.
Tu cuerpo he de sentir
en su respirar agitado.

He de escuchar el silencio,
saborear lo que no sabe:
el amor hipócrita de otros,
el rencor del perdón mismo.

Antes de que la noche caiga
he de verte junto a mis labios.

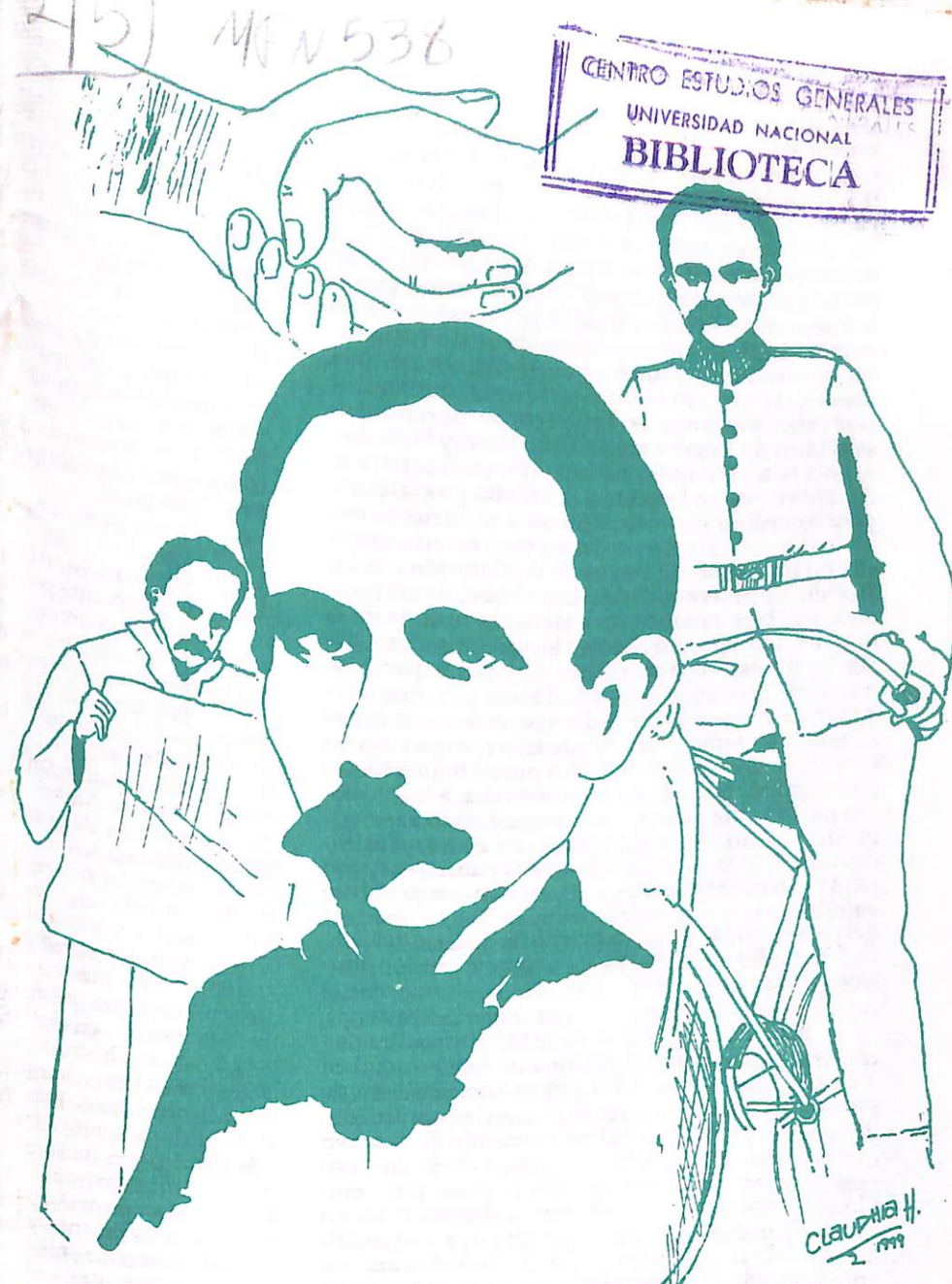
He de ver lo nunca visto,
he de cantar lo callado...
Antes de que la noche caiga,
antes de que el ocaso muera,
he de morir entre los brazos
de quien yo amo tanto
sin tan siquiera conocerla.

He de saborear los labios
de aquella desconocida.
He de abrir esta herida vieja con mis propias
manos.

Antes de que la noche caiga he de abrir esta
herida vieja
con mis propias manos.

Antes de que la noche caiga
he de sentir la miseria y el triunfo en uno,
confusos.
Antes de que la noche caiga he de nacer
nuevamente.

Juan José Dobles Avila (1980)



TOPICOS DEL HUMANISMO

Abril de 1999

Nº 45

REALIDAD Y CONOCIMIENTO EN LA VIDA SOCIAL: LA NECESIDAD DE DEVELAR LOS MECANISMOS DEL PODER

Texto de la lección inaugural, presentada por el profesor Rogelio Cedeño Castro, a los estudiantes del curso de «Teoría Sociológica Contemporánea», en la Escuela de Sociología de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), el día lunes 1° de febrero de 1999.

La violenta transformación de los ritmos de la vida cotidiana, de los plazos y de las expectativas de vida de grandes poblaciones, en todo el planeta, constituye uno de los aspectos esenciales de la sociabilidad humana de nuestro tiempo. Dada esta situación que constatamos casi diariamente, cabe preguntarse si ¿Es posible acaso hablar de una teoría sociológica contemporánea o de la sociabilidad humana en sí misma, sin entrar a considerar la violencia y la velocidad de tales transformaciones? Lo anterior, por cuanto se nos ha pedido sentar las bases para lo que pueda, eventualmente, ser llamado un curso o conjunto de actividades que nos permitan acercarnos, con alguna posibilidad de éxito, a algunos de los elementos que estarían caracterizando a la teoría sociológica contemporánea, sobre todo teniendo en cuenta que esta última acepción es de suyo cambiante, por cuanto adopta distintos significados de acuerdo con los actores sociales a que se refiera, ya sean éstos individuales o colectivos. Es decir, de acuerdo con la naturaleza también cambiante de las percepciones espacio-temporales propias de las distintas culturas coexistentes o presentes, dentro de la que podríamos calificar como «la escena contemporánea».

El poder llegar a establecer la contemporaneidad de un grupo de eventos y fenómenos tan cambiantes como los que se refieren al campo de la cultura resulta, en todo caso, una tarea no solamente muy difícil, sino en ocasiones literalmente imposible de realizar con éxito. En todo caso, acuden a nuestra memoria las reflexiones del etnólogo francés Claude Lévi-Strauss cuando intentaba explicar las transformaciones de la cultura que han tenido lugar en las etapas más recientes de la historia de la especie humana, a las cuales calificaba como propias de lo que llamó el paso de las sociedades o culturas «frías» a las que denominó, asimismo, con el calificativo de «calientes». En el caso de las primeras, se estaba refiriendo sin duda, a aquellas civilizaciones tradicionales cuyo reloj y cuyos ritmos de vida, además de experimentar pocas modificaciones en el transcurso de muchos siglos, parecían estar en un alto grado de consonancia con los de la naturaleza y cuyas extensiones o contornos estaban moldeados por la inmediatez geográfica. Se trata, sin duda alguna, de los innumerables grupos étnicos con sus manifestaciones culturales tradicionales, de orden lingüístico y simbólico que representan una forma muy particular de organizar la cotidianidad, especialmente en relación con los ritmos de vida.

En el caso de las civilizaciones «calientes» es indudable que se refería a este siglo XX, formalmente a punto de concluir dentro de pocos meses y a los ritmos de vida cada vez más acelerados que los ciclos tecnológicos imponen a la especie humana. Desde el inicio del uso del motor de explosión y la invención del cine ocurridos un siglo atrás, hemos pasado a la «civilización de la información» caracterizada por la, al mismo tiempo, bendición y pesadilla del vértigo que nos produce el INTERNET, no sólo por la cantidad de informaciones y formas de entretenimiento que nos presenta, sino por los peligros que para la cultura y la racionalidad misma de nuestra civilización representa, especialmente por su vertiginosidad. La aceleración de los ritmos de vida y de los proyectos vitales, individuales y colectivos es tal que, a ratos, la humanidad da la impresión de correr a una velocidad creciente hacia su destrucción o aniquilamiento, en tanto ser colectivo como un hecho cierto y novedoso; puesto que la destrucción, de muy diversas maneras, de los seres individuales y aún de colectividades menores e incluso de grupos étnicos enteros, parece ser una constante histórica nunca soslayada en su marcha, por la especie humana.

Estas transformaciones, sin embargo, no están confinadas a la esfera de lo tecnológico, sino que siguen teniendo lugar en las esferas de la distribución de la riqueza, el poder y el reconocimiento o prestigio entre los diferentes actores sociales que conforman las distintas sociedades humanas. De ahí que, además de la necesidad de profundizar aún más en el tema de los valores y representaciones simbólicas que conforman buena parte de las motivaciones de los seres humanos, resulta esencial analizar y discutir profundamente el tema de la existencia o no de las diferentes clases sociales, como asimismo de los alcances de su vida mental individual y colectiva (percepciones y representaciones) si es que pretendemos hablar de una sociología que no permanezca omisa frente a algunos de los eventos «contemporáneos», de más honda significación y perdurabilidad.

La importancia de lo simbólico y su constante resemantización en todos los órdenes de la vida social es otro de los elementos que no podemos soslayar en una oportunidad como esta, sobre todo si tenemos en cuenta las innumerables manifestaciones presentes en las sociedades contemporáneas que nos obligan a repensar el uso de nuestras herramientas teóricas, especialmente en lo referente a la etnología y a las distintas formas de apropiación de lo simbólico, como las que nos muestran los múltiples rostros que adopta la religiosidad popular y que no indican otra cosa que una gran diversificación en la búsqueda de trascendencia y de nuevos significados para los elementos simbólicos comunes a toda una cultura, cuando no alcanzan un cierto rango de universalidad.

Las pretensiones «posmodernas» de muchos de quienes operan en el terreno de la cultura y del estudio de la organización social de los seres humanos parecen ubicarse en un presentismo y en un antiintelectualismo, dignos de un atento estudio. Según estas posturas, resulta innecesario o en todo caso vanal, recurrir a las fuentes históricas o pretender entablar algún tipo de diálogo con el pasado, pues las sociedades humanas, ya no «calientes» —a la manera de Lévi-Strauss— sino a punto de ebullición y que semejan a una caldera a punto de explotar, dadas sus dimensiones siempre caracterizadas por la inmensurabilidad de sus límites, están en un continuo rehacerse, determinado por las circunstancias concretas de un «presente», al parecer —aunque resulte paradójico— inmovilizable. La tecnología y sus aplicaciones, como saberes de lo inmediato, parecen haber sustituido a las reflexiones de orden teórico o epistemológico, ubicadas en el tiempo contemplativo o de larga duración (a la manera de la cuenta larga de los antiguos mayas), al cual se le ubica peyorativamente como un «tiempo perdido», dada su irreductibilidad a la intensidad y los términos de una civilización que ha hecho del tiempo y de los ritmos de vida más acelerados su motivación esencial.

Lo anterior, se expresa, en el ámbito de lo concreto, en el rechazo hacia las tradiciones intelectuales más importantes

que dieron origen a las ciencias sociales —y en especial a la sociología— como un hecho específico de la contemporaneidad, (entendida en un sentido más amplio que nos remite al tiempo transcurrido desde el ascenso de la burguesía y la aparición del capitalismo, con rasgos más nítidos) ha llevado a algunos a pensar en la necesidad de formar «tecnólogos sociales» (cuando no «físicos sociales», a la manera de Augusto Comte, quien presentara la idea casi dos siglos atrás) que puedan encontrarle una utilidad inmediata a sus «saberes» prácticos, evitando la incierta y difícil tarea de formar sociólogos que intenten profundizar en el conocimiento de la vida social, tanto desde una perspectiva macro como microsociológica. De acuerdo con esta noción acudir a la lectura de algunos autores de la generación o generaciones que siguieron a los grandes clásicos o «vacas sagradas» de la sociología como Marx, Comte, Weber, Durkheim, Tocqueville, Pareto o Parsons resulta un «pecado» de lesar racionalidad o, en el mejor de los casos, de una imperdonable falta de sentido práctico.

El estudio de las posiciones de los maestros de la llamada Escuela de Frankfurt, de acuerdo con este criterio, resultaría una «pérdida de tiempo», dado el hecho de que sus formulaciones más importantes fueron presentadas hace más de sesenta años, de ahí su dudosa contemporaneidad y consiguiente «inutilidad» en la sociedad posmoderna. Sus estudios sobre la familia, las clases sociales, el autoritarismo, las condiciones y significaciones de la producción estética, la sexualidad humana, entre otros carecerían del rango de «contemporaneidad» dado el hecho de su aparición, en los años treinta, durante el período inmediatamente anterior a lo que se conoció —con posterioridad— bajo la denominación de Segunda Guerra Mundial (que terminó por hacer renommer a la anterior carnicería bajo el mote de «la Primera Guerra Mundial») y a la cual se le había conocido, hasta entonces, como la «Guerra Europea») y no en los días de la Guerra del Golfo y de las «nuevas» matanzas entre serbios y croatas.

Sin duda alguna los trabajos iniciales de Theodore Adorno, Max Horkheimer y otros autores producidos, en el breve lapso que va desde 1927 a 1933 (año de la llegada al poder del nacionalsocialismo), darán lugar posteriormente a la denominación genérica de Escuela de Frankfurt para toda la producción de un importante grupo de pensadores e investigadores, no necesariamente ligados inicialmente al Instituto de Investigaciones Sociales y a la ciudad alemana que los cobijó, antes de la llegada al poder por parte de los nazis. Será más bien en su peregrinar por Suiza, Francia y Estados Unidos que los nombres de Eric Fromm con sus investigaciones sobre la «personalidad autoritaria» y otros aspectos de la destructividad humana, Herbert Marcuse con su balance de la obra hegeliana y su continuidad en la discusión de algunos aspectos esenciales de la obra de Sigmund Freud y Walter Benjamin, con sus enérgicos críticos acerca del arte y la literatura se verán asociados a los de Adorno y Horkheimer, como una parte esencial de «la escuela» y del despliegue de la así llamada «teoría crítica de la sociedad». En todo caso la pertinencia de estudio y la peculiar condición de contemporaneidad que mantienen sus tópicos no podrá ser negada fácilmente.

Por otra parte, se duda o rechaza de plano la «utilidad» del estudio o de la reflexión, al menos acerca de algunos de los tópicos más importantes planteados por autores como Georges Gurwitsch, Robert Merton, C. Wright Mills y Pitirim Sorokin acerca de las percepciones colectivas de las «extensiones» y los «tiempos» por parte de los distintos conglomerados humanos, la necesidad o la emergencia de las llamadas teorías de alcance medio, el uso de la imaginación y el acervo cultural humano en el quehacer sociológico o sobre los vicios y manías de la cuantificación en las ciencias sociales. Según el criterio de quienes expresan estas posiciones, tales «saberes» resultarán «inútiles» para quienes han emprendido la difícil tarea de convertirse a SI MISMOS, algún día, en sociólogos o algo parecido. Ahora bien, tales pretensiones, como muchas otras presentes en la vida universitaria «contemporánea» no parecen estar basadas en consideraciones de orden teórico o epistemológico, como cabría esperar (al menos en principio, dentro de los interminables equívocos con que analizamos muchas de las veces la vida social, sin ir más allá de la epidermis de la misma) en estos medios, sino en lo que no podríamos calificar de otra manera: Es decir que estamos ante expresiones concretas de un particular ejercicio de una «voluntad de poder» que, mucho más allá de sus resonancias nietzscheanas (vgr. Federico Nietzsche Así habló Zaratustra, Más allá del bien y del mal, La voluntad de poder y otras de sus obras), las cuales nos remontan al fin del siglo anterior y nos llevan finalmente a enfrentarnos con la ineludible pregunta ¿quién legitima o establece PER SE la utilidad o no de unos «saberes» determinados? ¿Serán acaso las modas «intelectuales» o no, teóricas o no, las que llevan a pensar a algunos formadores de científicos sociales «de nuevo cuán», en la necesidad del fin de la teoría (a semejanza del anunciado fin de la historia) en la formación de aquéllos? ¿o será acaso que la formación de los nuevos «sociólogos» (ustedes que me escuchan, en todo caso) deberá estar basada en el uso mínimo de la teoría? (tal vez la teoría «mínima» en una universidad que también lo es) ¿o serán acaso expresiones culturales de suma contemporaneidad, las cuales dada su posesión en alto grado de tal cualidad, devendrían muy pronto en expresiones que se considerarían desfasadas y por lo tanto inútiles frente a la marcha acelerada de la civilización?

La organización de la vida académica ha cambiado de tal manera que ahora marchamos a un ritmo apresurado hacia un mayor y cada vez más veloz otorgamiento de títulos con la esperanza de parecernos a otras instituciones, cuya mayor motivación parece residir solamente en el lucro inmediato. De esta manera, se acabaron unos semestres que nunca lo fueron; en tanto que ahora estamos iniciando unos trimestres, que no estamos seguros si lo serán y que enmarcarán en lo sucesivo nuestras actividades académicas formales, en nuestro caso, al parecer bajo el supuesto de que, en adelante, una sociedad ávida de «tecnólogos sociales», los irá engullendo literalmente a ustedes, en un plazo cada vez menor. Desde este punto de vista, no hace falta profundizar en ningún campo de conocimientos, ni preocuparnos porque esta Universidad tenga mejores aulas o servicios de biblioteca, pues se trata de una «universidad mínima» que, respondiendo a los requerimientos del mercado, producirá gentes poco dispuestas a formularse preguntas incómodas y prestas para adaptar-

se a la «racionalidad» de un orden social que, como decíamos líneas atrás, continuará estando basado en una aceleración creciente de los proyectos de vida y de los ritmos de la cotidianidad, pero sin contrapartida alguna que asegure el mínimo bienestar y una vida digna a las tres cuartas partes del género humano, hoy ubicadas como poblaciones en situación de alto riesgo.

Los metalenguajes o formas expresivas en las que se parapetan los cultores de la «eficacia» y «eficiencia» posmodernas podrían conducirnos a equívocos, pues el lema «Reforma académica: realidad de excelencia», como una tópica manifestación de ellos, podría llevarnos a confundir la «realidad virtual» con «la verdad efectiva de la cosa», tan cara al florentino Nicolás de Maquiavelo. No olvidemos, en todo caso, que ninguna sobredeterminación de naturaleza estructural, como una «reforma académica» que nunca llegó a serlo más allá de algunos criterios tendientes a «optimizar» el gasto, reduciéndolo hasta un supuesto «punto de equilibrio», podrá garantizar una excelencia que solamente nosotros podremos construir en el aula y fuera de ella, con nuestro esfuerzo cotidiano.

Es aquí donde los aportes contenidos en los textos de Michel Foucault podrían darnos algunas respuestas acerca de las múltiples manifestaciones del ejercicio del poder y la obscena obsesión de éste por «vigilar y castigar» (título, por cierto, de una de sus obras más importantes), reduciendo al encierro a aquellos que devienen peligrosos para un orden social tan «armónico». Desde esta perspectiva ¿quién osará discutir la prolongación del curso lectivo en la escuela costarricense? El autoritarismo está en boga, y quien lo ponga en duda corre el riesgo de ser considerado «loco» o «antisocial», lo cual viene a ser lo mismo, dentro de una racionalidad que considera el encierro de los jóvenes por un tiempo más prolongado, durante el año, un elemento esencial para disfrazar su incapacidad para ofrecerles un espacio y un proyecto digno de vida, que vaya más allá de la oscura supervivencia. De ahí que algunos tecnócratas obsesionados por la cuantificación y la medición han podido llegar, después de hondas y prolongadas cavilaciones, a la simple determinación de que «a más horas lectivas (más de lo mismo, en términos de la «educación bancaria» de que hablaba el gran maestro Paulo Freire, fallecido hace apenas dos años), mejores resultados académicos» (???) habiendo olvidado en todo caso, la existencia de la «dimensión cualitativa» de que hablaba Herbert Marcuse, al acusar a la «unidimensionalidad» de una cultura que soslaya una serie de aspectos esenciales de la condición humana. Sin duda, es aquí donde deberemos explorar lo que Foucault llamó, en un momento determinado, la del poder, un poder que sólo en apariencia es ajeno a nosotros mismos y a nuestra corporeidad.

De ahí el surgimiento de los llamados «Hogares Crea» y otras formas sustitutas de la realidad y de una «drogadicción», también sustituta del áspero y repulsivo «principio de realidad» (vgr. Sigmund Freud El malestar de la cultura) de una sociedad que, de todas maneras, rechaza y excluye a quienes los habitan, aún si piden dinero en las calles y en los autobuses y no «prueban» ya la marihuana, «la piedra» o la cocaína en tanto elementos también constructores de «realidades virtuales», como escapes a una «realidad» que se torna cada día más insoportable. Es decir, que estamos ante una serie de manifestaciones de la aceleración de los ritmos de una cultura y una civilización determinada, los cuales expresan, de manera dramática, la profunda negación del ser que representa un modo de actuar en la vida social, para el cual el único norte es la eficiencia y la ganancia, en provecho de unos pocos (que cada vez son menos, por cierto).

La revolución sexual y la revolución de la mujer a lo largo de este siglo tampoco podrían ser soslayados, en la ejecución de esta empresa, especialmente si tenemos en cuenta la gran influencia de la obra del novelista y futurólogo inglés Herbert Wells (más conocido por su SHORT STORY del género ciencia ficción, titulada La Máquina del Tiempo), no necesariamente ubicado o clasificado como un «científico social», en una profunda redefinición de las relaciones entre los sexos, al poner en duda el carácter monogámico de la sexualidad humana. Lo mismo podríamos decir de las profundas repercusiones de la publicación, hace ya cincuenta años, en 1949, por parte Simone de Beauvoir, de su polémica obra El Segundo Sexo y la gran controversia que levantó en todos los medios políticos, sociales, religiosos e intelectuales al despedazar muchos mitos, hasta entonces inmovilables, acerca de la condición de la mujer.

Estudiar la existencia de las clases sociales, y sus distintas formas de manifestarse, como uno de los elementos presentes en las formulaciones y discusiones acerca de los rasgos que exteriorizan la presencia de una teoría sociológica contemporánea, la cual no se limita a macular los viejos textos clásicos sino a reelaborarlos e incluso a ofrecer nuevos aportes en confrontación con ellos, constituye una excelente manera de acercarnos al logro de las metas que nos hemos impuesto.

Es por ello que resulta esencial profundizar en el debate sobre las clases sociales y su ubicuidad, no solo por la importancia del tema en sí mismo, sino porque nos remite a los orígenes de la sociología y nos permite, asimismo, ubicarnos en la realidad misma de su existencia y manifestaciones más concretas, tanto de orden subjetivo como objetivo. Seguir hablando, como hacen algunos, de que las clases sociales tienen una existencia fantasmagórica, o que han dejado de existir desde la caída del Muro de Berlín, para dar lugar a una sociedad sin conflictos, no es más que una solemne necedad, sobre todo cuando las profundas desigualdades sociales nos dicen otra cosa, de tal manera que negar ya no solo su existencia, sino la lucha de clases en sí misma, tan denostada pero no por ello negada en los hechos, sería ubicarnos en el reino de la metafísica pura y desconocer la posibilidad de hacer una ciencia que centre su estudio en las múltiples manifestaciones de lo social.

Sin duda, los análisis del Pierre Bordieu acerca del tema nos arrojarán importantes luces, en este intento que estamos emprendiendo hoy de arribar a la construcción de los elementos para algo más que un curso bancario, acerca de lo que podría ser una «sociología contemporánea». Es una gran aventura del pensamiento que podría conducirnos, a partir de un ejercicio consciente de la voluntad, también al terreno de la acción, la cual los invito a emprender juntos más allá de las formalidades de la organización burocrática o corporativa de los saberes, los castigos y los premios que viene caracterizando, de manera creciente, a una sociedad que sentimos la tentación de llamar «contemporánea», a pesar de la volatilidad del término.

EL CONCEPTO DE MODERNIDAD EN JOSÉ MARTÍ

Minor Calderón Salas

Argumenta Octavio Paz que una literatura nace siempre frente a una realidad histórica y, a menudo, contra esa realidad; dice además, que lo peculiar de nuestra literatura reside en que la realidad contra la que se levanta es una utopía; lo anterior podríamos sustentarlo en el hecho de que habíamos sido (pre)configurados por los europeos aún antes de que vinieran a estas tierras y, además, podríamos agregar que el continente deseado, soñado, «inventado» por nosotros mismos aun no se ha concretado. Han existido múltiples y diversos proyectos de construcción social, político y económico en nuestras tierras, también, diferentes proyectos de identidad latinoamericana, a saber: algunos francamente excluyentes, que de la imitación hacían su punto medular y hasta algo o muy racistas — pensemos en el proyecto civilizatorio de Sarmiento — y otros por el contrario, abiertamente incluyentes, creativos como el de José Martí.

El trabajo por desarrollar se ocupará de un proyecto optimista, inclusivo, visionario y por tanto, vigente, el de José Martí y expresado el mismo, en las páginas recogidas en enero de 1891, el 10 en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York y el 30 en el Partido Liberal, de México; hablo del ensayo *Nuestra América*. Nos interesa básicamente apreciar cómo concibe José Martí en dicho ensayo la modernidad latinoamericana.

Por modernidad vamos a entender básicamente el período que coincide con la modernización en (de) las ciudades latinoamericanas, el que es simultáneo con la incorporación de América Latina a la economía capitalista mundial; esta modernización a la que hicimos alusión, incluye lo mismo literatura que arte así como otras manifestaciones de la vida social, y abarca aproximadamente de 1870 a 1910. Algunos elementos que posibilitan hablar de esta modernización los encontramos en el prólogo de *Clásicos Hispanoamericanos*, Volumen II: *Modernismo*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1983. En él se indican como factores de modernización la conquista de una cierta especialización literaria y artística por los escritores, en donde ellos visualizaron una cierta profesionalización en el periodismo e hicieron «contribuciones» como crónicas. Además, esta participación en la prensa les sirvió como salida, en gran parte, a las exigencias económicas impuestas por la sociedad, es decir, mediante el periodismo los escritores — la mayoría poetas — habrían de entrar en el mercado; también, podemos hablar de la edificación de un público culto, lector de arte e informaciones que aseguró un auge importante de revistas y periódicos. Recordemos que en este período se da un empuje importante a la educación, asimismo se suscita el avance de pautas culturales urbanas — cosmopolitas — gracias al fuerte crecimiento de las ciudades, hay profundas influencias extranjeras — europeas, básicamente francesas aunque también norteamericanas — que propusieron modelos y dieron incentivo a una mucho más nutrida y sofisticada producción artística que procuró competir en un mercado internacional. Asimismo, se puede hablar de la fundación de la autonomía artística latinoamericana respecto a sus progenitores históricos (España y Portugal), pensemos en el movimiento, escuela literaria — para algunos actitud modernista — que inicia en América Latina e irradia posteriormente las letras europeas; surge entonces, un movimiento literario en América Latina que influencia a Europa posteriormente, especialmente a la llamada generación del 98 española para profundizar al respecto puede consultarse el artículo de Roberto Fernández Retamar: *Modernismo, 98, subdesarrollo en Para el perfil definitivo del hombre*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1995.

En esta modernidad-modernización de América Latina, debemos pensar que en esta época — a partir de 1880 — Latinoamérica se incorpora a la economía del liberalismo, existe un fuerte deseo de romper la tradición colonial, recordemos que muchas ciudades latinoamericanas por la emigración rural y la inmigración europea se convirtieron en centros de urbanización, ni que decir de la urbanización de puertos importantes y en éstos como en las ciudades se reprodujeron las estratificaciones de las metrópolis. Como modernidad y en nuestros países podemos pensar en cómo en América Latina se da un cambio en su producción y consumo, tiende a ser más cosmopolita; Latinoamérica se «abre» al mercado internacional pero no sólo va a intercambiar productos sino que ideas, tendencias como la literatura modernista también, asimismo, el auge en la educación y divulgación, por ejemplo, la gran cantidad de periódicos y revistas que empiezan a circular y por supuesto, un público lector ávido de ellos. La modernidad es, en términos generales, una actitud hacia el futuro, no apreciada igualmente por quienes la vivieron, es decir, para algunos podría ser positiva, para otros podría serlo en sentido contrario, era una amenaza; instauraba valores ajenos a nuestra tradición.

¿Cómo ve José Martí la realidad de América Latina, la modernidad de ésta, qué legado nos dejó

en el ensayo *Nuestra América*? es lo que procederemos a develar a continuación.

Nuestra América se constituye en una cartilla programática latinoamericana, como tal, su valor radica no sólo en lo importante y valioso que señalaba para los contemporáneos de Martí y por tanto, de su texto sino, para los latinoamericanos posteriores a él; es decir, *Nuestra América* es un texto que tenía y tiene un valor y vigencia que se proyecta hacia el futuro, lo apuntado por Martí se constituye precisamente en una utopía porque del todo no ha tenido lugar. Sin embargo, debemos señalar que lo que tiene de idealista Martí lo engarza con la fórmula que ha señalado el francés Noël Salomón citado por Adalberto Ronda Varona como «idealismo práctico»; para él, Martí posee «una concepción del mundo de base gnoseológica idealista, que gracias a la condicionalidad histórico-concreta desempeña una función social activa y transformadora de algunos perfiles realistas», es decir, la realidad vivida por Cuba y el inminente peligro visionado por Martí en el vecino formidable como llama a los Estados Unidos posibilita que el espíritu utópico contenido en *Nuestra América* tuviera y tenga vigencia en nuestros días. En su escrito se evidencia un marcado antiimperialismo contra España primero, frente a los Estados Unidos después. La lucha por la liberación nacional de Cuba es una pelea más honda contra el imperialismo, sustentada sobre la base de todas y todos los que conformaban la realidad política y social de Cuba y nuestros pueblos: «En pie, con los ojos alegres los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores, empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía con la melena Zorrillesca, y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cenida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio». De la cita anterior se desprenden varias características carismáticas de Martí, una, la inclusión de distintos sectores entre ellos artistas, políticos, economistas, indígenas y otros, en la construcción de una América libre, y además su marcado optimismo de que trabajando juntos ese ideal se convertiría en realidad. Optimismo y reconocimiento de los distintos sectores que conforman nuestra sociedad son elementos apreciados y necesarios para la construcción de un futuro mejor, piensa Martí.

También es apreciado en Martí, la idea de innovar, de conocer para crear y transformar, con lo que se opone a ciertas formas de colonialismo intelectual tan padecidas en nuestra América: «La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injérese en nuestra república el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas». Martí parte de su entrañable conocimiento de la historia americana, reclama que ésta debe enseñarse y manifiesta su fe inquebrantable en un futuro de dicha construido entre todos, el hombre en su calidad individual y social es el pivote en el que gira el pensar martiano y traza un cuadro de vigencia actual; la voz de Martí es la voz ilustre de la Emancipación de España y la primera de la nueva etapa emancipadora frente al imperialismo, en la que aún estamos empeñados.

En el reconocimiento que hace Martí del negro, del campesino y del indígena observamos no sólo el conocimiento que de nuestras tierras tiene Martí, sino que enuncia claramente que América es el resultado de una confluencia de razas y culturas. La definición de su ser debe partir de la aceptación de esa realidad y de la legitimación de un pasado indígena, que obstinadamente pretendían negar los actores oligárquicos criollos: «El indio, mudo, no daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió ciego de indignación, contra la ciudad desdénosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza». Con las líneas anteriores acudimos a una temática-problema importante en Martí, es el proyecto identitario martiano «en el caso de Martí la búsqueda de la identidad se da con la percepción socio-histórica, que para él se abre con las luchas por la independencia. Martí, más que inventar quiere fundar una tradición patriótica, heroica, a partir del conocimiento de la historia, y de ahí la forma en que usa la información documental». Para Martí, el indio, el negro no son cosa del pasado, sino entes actuantes en la realidad americana; y por tanto, los aprecia en función de presente y de futuro.

Otro aspecto interesante de la concepción de

modernidad en José Martí, entiéndase con un valor modelizador-utópico para el presente cercano, pero especialmente para el futuro — para su concepción de modernidad — pasa por el estilo literario, en Martí la búsqueda de una forma, de una materia para expresar lo avanzado de su pensamiento debe necesariamente pasar por una forma que se le adecue; estilo (forma) y contenido en una sola unidad. Lo anterior es pertinente pues nos señala a Martí como el precursor de todo un movimiento literario cual es el modernismo, caracterizado entre otras razones por una innovación en lo estilístico no percibido en nuestra literatura antes de él — el caso de Sor Juana sería una valiosísima excepción —, además este estilo que inicia con él y se consolida con otros modernistas posteriores, irradia a la generación del 98 española, es decir, es un movimiento que inicia en la «periferia» se consolida en ella y después influye a Europa básicamente a España y la generación comentada «Martí encontró una expresión nueva, si insistimos en que buscó soluciones adecuadas para plasmar su obra, tanto desde el punto de la realización artística como de su concepción latinoamericanista». Debemos decir que el cubano, encontrará una nueva estética, acorde con los principios que persigue. Es decir, que se sentía obligado a encontrar una correspondencia entre el tema-problema seleccionado y su expresión artística. En Martí las innovaciones estilísticas «obedecen a una preocupación espiritual, esto es, la creación de una nación y una literatura independientes. Como de la esencia deriva la forma, la teoría estética de Martí englobará la estilística y la ideología, es decir, que el sistema expresivo estético martiano tendrá su representación y parangón ideológico». Era frecuente, sin embargo, que a Martí se le criticara su estilo por considerarlo demasiado «esmerado y de pulcro» pero ante esto Martí con una claridad y concepción moderna y de ruptura con la tradición declaraba: «La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentari, las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos del lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno no hay por qué invalidar vocablos útiles, no por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas». La claridad conceptual de Martí ante la conocida y a veces tan traída discusión de fondo-forma en el arte es pasmosa; para él es claro que ideas nuevas se expresan con palabras, lenguaje, estilo nuevo. Sabemos que en Martí su estilo pasa por el lenguaje estilizado que utiliza, por el conocimiento de la realidad latinoamericana, hizo viajes voluntarios y obligados a Guatemala, México, Venezuela, por supuesto Cuba, su exilio en los Estados Unidos, pero además por Europa: España, Francia; y de su conocimiento directo de estos países debemos sumar un amplio conocimiento de múltiples literaturas, por ejemplo, era un gran conocedor de los clásicos, pero de autores modernos también y sobre este conocimiento manifestó: «¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Conocer diversas literaturas es el medio mejor de liberarse de la tiranía de algunas de ellas». El estilo de Martí esmerado, denso, sobre todo si pensamos en las crónicas que escribió en distintos periódicos de Estados Unidos y América Latina, muestra un estilo preciosista, alta densidad conceptual, pero por sobre todas las cosas un conocimiento de la cultura y el arte pasmoso, son crónicas «barricas» y «opulentas», recargadas de información y esmeradas hasta lo último en el detalle que evidencian la altísima erudición y cultura del cubano; pero Martí quien se muestra en ese sentido un «aristócrata» del arte y la educación, no desmaya y en *Nuestra América* como señalamos más arriba, indica que las nuevas sociedades latinoamericanas que debemos construir con trabajo, debe hacerse con la participación de todos: eruditos y no eruditos, pero a sobremanera debe incluir a todos los que conforman esta realidad — a veces negada, no aceptada — de ser sociedades pluriétnicas, y la modernización y la libertad de América Latina debe pasar por el reconocimiento y la aceptación de todos los que conforman nuestras sociedades. Lo esmerado y pulcro del estilo de Martí pasa por una (su) visión histórica, es decir, en Martí la estética, el arte debe pasar indudablemente por la historia.

Por esta razón en *Nuestra América*, nos habla de no negarnos a conocer el mundo, pero nos advierte que no debemos copiar ni ser serviles, debemos conocer, reflexionar y crear: «Injérese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco común ha de ser el de nuestras repúblicas y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas

repúblicas americanas». Martí de verdad que injeró el mundo, a través de sus escritos, en nuestras repúblicas; pero se esfuerza por fortalecer ese tronco común haciendo causa: «con los oprimidos para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores».

En Martí el llamado a crear es un imperativo que posibilitará que Latinoamérica entre a una modernidad-modernización positiva, optimista, es un llamado a crear de un modo constante la nueva circunstancia, superando las crisis y deformaciones heredadas de una colonia excluyente, invisibilizadora y para eso arguye que debemos conocer nuestro pasado, conocer los elementos de que están formada nuestras tierras: «Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república». El llamado del prócer cubano para conocer(nos) y crear a partir de este conocimiento con todos y todas, pasa por la dimensión ética, su apelación a la familia, a una gran familia latinoamericana, a Nuestra América — pensemos en el título de otro de sus valiosísimos escritos, discurso de 1889, después publicado *Madre América*— en donde se apela a valores éticos y se cuestiona a aquellos que están siempre negando sus raíces, su historia o los que viven y (o) sueñan vivir lejos de nuestras tierras: «Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delante el indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de la corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? Estos hijos de nuestra América, que ha de deservirse con sus indios, y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos!» Vemos como Martí ataca — por conocer la historia latinoamericana y por hacer de nuestra historia eje de sus reflexiones— a las oligarquías latinoamericanas quienes encarnaban estas actitudes neocoloniales.

El aspecto educativo, formativo-crítico en Martí también es manifiesto, por eso su llamado a que se utilice el periódico y la academia para conocer y divulgar la realidad: «En el periódico, en la cátedra, en la academia debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país», los elementos reales de nuestros países. Es interesante la potencialidad que ve Martí en el periódico, para él éste puede ayudar a la «liberación» de Latinoamérica, con esto apreciamos la congruencia y la visión optimista de Martí en el periódico y por tanto, en la construcción de la modernidad en nuestros países; no es, por ejemplo, la visión ambigua de otros modernistas entre ellos Rubén Darío en relación con el periódico — para Darío y básicamente por la influencia de Estados Unidos la prensa se estaba convirtiendo en algo sensacionalista, sin virtuosismo en el estilo, meramente informativo, de artículos breves, rápidos sin exámenes teóricos y profundos; si se desea profundizar al respecto puede consultarse el libro de Angel Rama: *Rubén Darío y El Modernismo*, básicamente el capítulo IV—; en contraposición Martí ve en la prensa un medio propiciatorio para contribuir y construir un continente con futuro.

En relación con lo comentado anteriormente es importante la visión que de la educación y de las academias (universidades) tiene Martí, las universidades deben, además de enseñar la historia de la humanidad, enseñar nuestra historia, discutir sobre ella y de este conocimiento seremos capaces de construir un mejor futuro: «el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en conjunto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país».

Si hemos insistido en que Martí visualiza una construcción posible y positiva de modernidad en América Latina que pasa por el conocimiento de nuestro pasado, por la discusión en las universidades y el periódico, por la incorporación de todos en este proyecto no debemos creer que él era un ciego optimista, sus advertencias son muchas, por ejemplo, es imperativo conocernos y darnos prisa en hacerlo y proyectarlo para que los otros —especialmente Estados Unidos— pueda respetarnos; sin embargo, hay un aspecto que presenta su oportuna reflexión y visión del futuro, hablo de un «elemento» fundamental que caracteriza la modernidad Occidental y su posmodernidad: la opulencia. La exclusión, marginalización y pobreza de amplísimos sectores del tercer mundo y de grupos pobres en el primer mundo, la destrucción ecológica y otros aspectos que podrían señalarse de la modernidad y

la consiguiente posmodernidad, son consecuencia de la opulencia occidental, que despilfarras y desecha hasta seres humanos: «el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero». Además denuncia frontalmente una característica de nuestras oligarquías cual es el dejarse «seducir» por los lujos, lo brillante y con tal de vivir en opulencia permiten cualquier intromisión de los extranjeros.

En Martí hay conocimiento, reflexión y proyección-superación de las formas de dominación, hay fe que pasa por la historia, pero y a pesar de lo difícil del proceso es optimista, no en balde hacia el final de su ensayo programático, en las últimas páginas, y en el cierre del mismo, el tono es optimista: «Porque ya suena el himno unánime; la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América Nueva!» Este optimismo acentuado en Martí sin ingenuidad, se puede percibir en los recursos formales-estilísticos con los que construye el ensayo, pienso en las formas verbales que utiliza, éstas van indicando proceso, etapas; algo que está en proceso construyéndose, que no es dado por voluntad divina sino que exige el esfuerzo, el trabajo de todos; él ha ido enumerando problemas por los que ha atravesado América Latina, por ejemplo proyectos anteriores al programa de Martí — los cuestionamientos al proyecto civilizatorio de Sarmiento— Martí dice que no hay disputa entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza, recordemos que para Sarmiento el indígena es un bárbaro al que hay que civilizar, en algún momento hasta eliminar, después civilizar, pero el civilizar pasaba por la educación y en este caso, Sarmiento pensaba que la educación, los modelos educativos, los contenidos debían provenir de Europa primero, de Estados Unidos después, pero el estudio de nuestra realidad y a partir de éste, crear no era concebido en su proyecto. En el ensayo Martí posteriormente, enumera peligros por los que pasa ahora — en su contemporaneidad— nuestro continente, por ejemplo, cuando advierte del peligro que significa la opulencia para nuestro continente pues abre la puerta al extranjero, sin embargo, indica «De todos sus peligros se va salvando América». Oración que indicó el proceso, la fe en la superación de los problemas y cómo el conocer dirigirá el camino para crear y enrumbar nuestro futuro.

Por último y por supuesto, sin pretender agotar, ni mucho menos el vasto pensamiento del prócer cubano quisiera referirme al llamado continental de unión familiar y espiritual que hace Martí a todas nuestras repúblicas; llamado a la unión espiritual que se hace sobre la base de un contexto histórico-cultural común, de padecimientos similares: «y la unión tácita y urgente del alma continental». Es interesante resaltar como Martí apela a la unión del alma continental pues para él esta unión debe basarse en eso, en el espíritu, en el conocimiento de nuestra(s) realidad(es) pero — y aquí encontramos una vez más su aguda visión sobre la realidad— debe ser una unión espiritual no federativa como lo soñó Simón Bolívar, pues nuestras realidades a pesar de lo común, pero por la composición étnica y diferente de éstas, por los líderes que deberán surgir en esta construcción, por las múltiples cabezas que participarán en la liberación y si soñamos una libertad posible, la unión no debe hacerse sobre formas teóricas o artificiales sino sobre la realidad, este era uno de los desacuerdos que tenía Martí con el libertador Bolívar a quien admiraba y respetaba tanto.

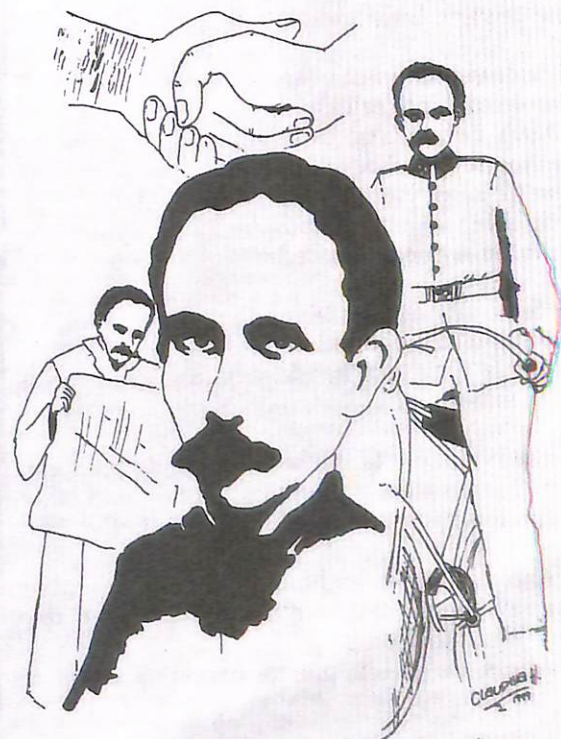
Como síntesis es oportuno indicar:

- 1- Que para Martí su proyecto de modernidad es altamente positivo y optimista, éste parte del conocimiento del pasado, reflexión sobre éste y nuestra realidad para transformar el presente y proyectar-construir el futuro. El papel que le atribuye a la educación — que debe pasar por el conocimiento de nuestra historia— y a la prensa como participante y otorgando espacios para la discusión sobre nuestra América son aspectos de su visión positiva sobre la modernidad —nuestra modernidad—.
- 2- El estilo del cubano es denso —sobre todo cuando uno lee sus crónicas—, recurre a todas y múltiples tradiciones escriturales y culturales, ese es uno de los rasgos propiamente modernistas de Martí; del estilo y literatura que funda. A un pensamiento moderno —en el sentido de romper con la tradición— liberador y creativo corresponde a un estilo innovador; el lenguaje-estilo de Martí se distancia de lo escrito anteriormente y es parte de su aporte e inserción en la modernidad.
- 3- A pesar de su acentuado estilo modernista, un rasgo que lo separa de otros modernistas es su posición político-histórica concreta. Su conocimiento y preocupación por el futuro del continente es uno de sus aspectos más recurrentes.
- 4- Aun cuando se sabe conocedor de muchas y diversas tradiciones artísticas-culturales y de mostrarlo en sus textos: crónicas y ensayos, en donde se perfila un hombre sobradamente culto, en este caso privilegiado, su posición ética ligada a la praxis en su caso referendada con su ejemplo heroico —dar la vida por su

causa libertaria—, en *Nuestra América*, por ejemplo, vemos a un emisor que constantemente se incluye junto a los otros —y forma un nosotros— llamado a construir y dirigir un proceso de cambio en la cultura y política latinoamericana. Es decir, no es el Próspero de Rodó, maestro privilegiado que dicta cátedra y dice a otros lo que debe hacerse en el futuro. En Martí, él incluido en el nosotros recurrente es uno más de los que debe aportar junto a los otros en una construcción liberadora de nuestro continente. Para terminar mucho de la vigencia del pensamiento martiano se expresa en su concepción de Identidad latinoamericana, para el cubano en Latinoamérica deben haber todos y todas —negros, indios, campesinos, intelectuales, trabajadores, obreros, etc.— reconoce la diversidad cultural-étnica de nuestro continente; y nos recuerda el clamor zapatista de luchar por una sociedad en donde quepan todos.

Bibliografía

- Barzuna, Guillermo. *Poéticas Hispanoamericanas de Andrés Bello a Silvio Rodríguez*. EDUCA. San José, Costa Rica. 1985.
- Castro, Guillermo. *Política y Cultura en Nuestra América 1880-1930*. CELA. Panamá. 1985.
- Durán Luzio, Juan. *Creación y Utopía*. (Letras de hispanoamérica). EUNA. Heredia, Costa Rica. 1979.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para El Perfil Definitivo del Hombre*. Editorial Letras Cubanas. La Habana, Cuba. 1995.
- Martí, José. *Escenas Extraordinarias*. Editorial Gente Nueva. La Habana, Cuba. 1990.
- Martí, José. *Nuestra América En Textos Martianos*. (Edición crítica). Editorial Política. La Habana, Cuba. 1995.
- Portuondo, José Antonio. *La Emancipación Literaria de Hispanoamérica*. Cuadernos Casa 15. Casa de Las Américas. La Habana, Cuba. 1975.
- Rama, Angel. *Rubén Darío y El Modernismo*. (Circunstancia socioeconómica de un arte americano). Ediciones de la Biblioteca Universidad Central de Venezuela. Venezuela. 1970.
- Varios. *Clásicos Hispanoamericanos*, volumen II. *El Modernismo*. Círculo de Lectores. Barcelona, España. 1983.
- Varios. José Martí, *Poesía y Revolución: Cuba quiere ser libre*. *Anthropos*, N° 169, noviembre-diciembre. 1995.
- Varios. *Estudios sobre Martí*. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba. 1975.
- Ronda Varona, Adalberto. *Fórmula del proyecto martiano: realismo político e idealizable*. En José Martí *Poesía y Revolución Cuba quiere ser libre*. *Anthropos*, N° 169, noviembre-diciembre. 1995. P. 50.
- Martí, José. *Nuestra América*. En *Textos Martianos*. (Edición crítica). Editora Política, La Habana, Cuba, 1995. Pp. 11-12.
- Martí, José. *Nuestra América*. P. 6.
- Portuondo, José Antonio. *La emancipación literaria de Hispanoamérica*. Cuadernos Casa 15. Casa de Las Américas. La Habana, Cuba. 1975. P. 33.
- Martí, José. *Nuestra América*. P. 10.
- Nieves Rivera, Dolores. *Patria y Libertad: hacia una definición martiana de la identidad latinoamericana*. En José Martí *Poesía y Revolución Cuba quiere ser libre*. *Anthropos*, N° 169, noviembre-diciembre. 1995. P. 80.
- Nieves Rivera, Dolores. *Patria y Libertad: hacia una definición martiana de la identidad latinoamericana*. P. 80.
- Serna Arnaiz, Mercedes. *Evolución estilística de las crónicas martianas: 1875-1882*. En José Martí *Poesía y Revolución Cuba quiere ser libre*. *Anthropos*, N° 169, noviembre-diciembre. 1995. P. 67.
- José Martí, citado por Fernández Retamar, Roberto. *Naturalidad y novedad en la literatura martiana*. En *Para el perfil definitivo del hombre*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1995. Pp. 333-334.
- José Martí, citado por Fernández Retamar, Roberto. *Naturalidad y novedad en la literatura martiana*. Pp. 334-335.
- Martí, José. *Nuestra América*. Pp. 6-7.
- Ibidem. P. 8.
- Ibidem. P. 11.
- Ibidem. P. 3.
- Ibidem. P. 6.
- Ibidem. Pp. 4-5.
- Ibidem. P. 12.
- Ibidem. P. 15.
- Ibidem. P. 12.
- Ibidem. P. 12.
- Ibidem. Pp. 14-15.



Créditos: ilustración de José Martí sobre papel y tinta. 1999, de Claudia Hurtado Guevara.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

**MIEMBROS DE LA
COMISION EDITORIAL:**
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
editor
Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:
Sra. Olga Martha Rojas Bolaños

ARTES FINALES:
Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Vemos como la modernidad gana terreno en los campos de lo teórico y se aviene a nosotros para acomodarse en los ámbitos del tiempo. Si la modernidad fue un hito o es parte del mundo especulativo de los nuevos sistemas actuales, sirve para darnos un enfoque nuevo, un matiz combinado con el transcurrir de la historia e iluminar las zonas oscuras de un conocimiento amplio en la gama del acontecer que marca indeleblemente el espíritu de nuestra época.

La figura ceñera de Martí no escapa a la transformación e interpretación de su grandiosa hazaña de mostrarnos a nuestra América desde esa Modernidad tajante que nos dice de los cambios necesarios en la educación y el humanismo, en la literatura y en la política; que nuestros pueblos han asimilado las ideas foráneas para quedarse y redundar en ellas, sabiendo que nos atará la servidumbre imperial. Que el destino de nuestros pueblos nunca verá la luz de una libertad conciliadora de nuestro quehacer o pensar como hombres latinoamericanos libres y en rumbo a los tiempos de cambio con la llegada del tan llamado nuevo milenio. He aquí la importancia de este texto que ofrecemos para abrir los ojos del lector. También ofrecemos otra veta en el enfoque desde la sociología y el estudio de la "escena contemporánea" en las vísperas de un cambio radical para la sociedad actual en la paradoja de cómo vemos hoy la sociedad en las estratificaciones sociales y la lección que nos brindan las llamadas "revoluciones" de este siglo.

Gerardo C. Hurtado O.
Editor